

Intervención de Fabián Peccín, Secretario General de AGMER, en el 4º Encuentro Latinoamericano de Educadores Populares por la Alfabetización

Paraná – 25 de septiembre de 2014

Quiero agradecer la invitación porque más allá de las interpretaciones y/o especulaciones que son parte de nuestro folklore gremial, esta es una oportunidad para reflexionar sobre los sentidos que le estamos asignando al trabajo sindical, para poner en escena las coincidencias y también los matices que nos hacen esto que somos como trabajadores de la educación comprometidos con nuestro presente.

Más allá del contexto político interno, atravesado por múltiples situaciones en estos días, más allá de las diferencias con respecto a las medidas de fuerza que estamos definiendo en defensa de nuestros derechos, más allá de la pertinencia social de este encuentro y de otros tantos espacios de formación, construcción y acompañamiento que hemos estado desarrollando en los últimos años y que serán evaluados por nuestros compañeros, que son siempre los que asignan la verdadera relevancia a nuestro hacer, e incluso más allá de la escucha y de la resonancia de esta intervención que estará matizada por los colores políticos que cada uno defiende; recupero este espacio como instancia para compartir con ustedes y pensar en voz alta sobre las prácticas colectivas desde las que definimos la política sindical, desde la que pretendemos trazar caminos, desde la que transformamos la realidad y construimos historia todos los días.

Cuando organizaba esta presentación surgieron, en primera instancia, preguntas sobre: ¿Por qué abanderar la tarea sindical en el horizonte latinoamericano? ¿Por qué definirnos como educadores populares? ¿Por qué colocar la alfabetización en el centro del debate? ¿Por qué invocar a Freire como referente de la emancipación? ¿Por qué proponer soberanía pedagógica o eco-pedagogía? ¿A qué nos referimos con estas enunciaciones? Estas son preguntas que surgen de la letra del propio encuentro y sobre las que ustedes, los participantes del mismo, ensayarán respuestas en estas jornadas. Sin embargo, hay otras preguntas que subyacen y son las que me han inspirado. Porque provienen del compromiso de la conducción que llevo delante desde mi lugar en la Comisión Directiva Central, tratando de no poner en boca de los compañeros lo que ellos no están pensando, para hacer efectivo el derecho que tienen de ser representados sin negarlos, sin renegar de ellos. Pero a la vez, tratando siempre de promover la batalla cultural que nos implica. La de transformarnos a nosotros mismos como sujetos primeros de la construcción histórico social.

Estas preguntas movilizan definiciones políticas, de conocimiento y de lucha que quiero explicitar. Para ordenar las ideas propongo tres aspectos, que a mi entender hacen a este debate político sindical.

1. Nuestro posicionamiento como trabajadores de la educación y la construcción de poder popular.
2. La defensa de la Escuela Pública, el lugar de lo público y las lógicas que lo sostienen.
3. La articulación de sentidos producidos por diversos sujetos no homogéneos y la construcción de horizontes comunes. O lo que es lo mismo, la formación política, sindical y pedagógica de los trabajadores de la educación.

Con respecto al primer punto, nuestra historia sindical nos dice que no es el componente “popular” la garantía de resistencia y lucha en la sociedad actual, que no es nuestra procedencia social la que nos define, ni la condición de “popular” como cualidad que poseemos lo que nos da identidad, sino el poder que construimos como colectivo. Aprendimos en estos años que el poder “popular” se construye, que lo “popular” no nos adjetiva, que no somos educadores “populares” como agregado de una condición, o como ojos que pretenden mirar a otros que “todavía no adquirieron sus derechos y que queremos incluir”. Somos educadores que nos pensamos con poder colectivo. Eso lo sabemos por nuestra propia experiencia y por la experiencia de otros como nosotros en América Latina. Somos educadores que construimos poder popular, no como cualidad que nos diferencia sino como definición política, como esfuerzo de construcción, como práctica que no estigmatiza la procedencia; sino que se abre, que escucha, que confía. Somos educadores que construimos poder colectivo no en un juego de versus, de dicotomías, de lógicas binarias. No hay un pueblo y un no-pueblo. Hay posiciones políticas que defienden intereses y construyen derechos. Pensar que el poder popular se construye significa, en términos del trabajo sindical de todos los días, otorgarle otra densidad al trabajo. Significa, pasar de la enunciación, otorgada por principio y/o procedencia, al desafío de la convivencia, al trabajo cara a cara, a la recuperación de los matices, a la construcción de significación permanente que suponen esfuerzos de articulación más que de clasificación y/o asignación de lugares. La matriz de la resistencia no está en la procedencia social de los sujetos, no están la calificación de lo popular, sino en el esfuerzo por romper las lógicas, por crear alternativas para movilizar los márgenes de realidad. Los trabajadores de la educación que construimos poder popular somos los que vamos a diario a la escuelas, los que enseñamos, los que trabajamos para liberarnos. No somos un colectivo aparte, no somos un sub-grupo dentro de los trabajadores de la educación. Ahí radica la importancia de pensarnos en nuestros puestos de trabajo, en la escuela, como lugar primero de nuestra resistencia y junto con otros trabajadores que lo hacen desde sus propios lugares, como escenarios de proyección más amplios.

Con respecto a la escuela pública la posición que quiero compartir seguramente será coincidente con la de ustedes. Nuestra lucha radica en la defensa integral de la educación pública. Desde la definición de Huerta Grande la centralidad de la escuela pública definió el enfoque estratégico de nuestra Confederación y signó los caminos

que con aciertos y desaciertos hemos venidos trazando en este tiempo. Algunas batallas fueron tan duras que parecieron perdidas; los resabios del neoliberalismo que nos llevó a la crisis del 2001, todavía son parte de las lógicas de nuestro trabajo porque siguen instalados en la sociedad, en el gobierno de la educación y en nuestras escuelas. Todavía tenemos mucho por hacer por una sociedad de derechos, superadora de exclusiones y desigualdades, y la escuela pública sigue siendo un espacio privilegiado para la transformación social. La recuperación del protagonismo del Estado, como centro de las relaciones sociales, en la última década coloca nuestra lucha en defensa de la escuela pública en un lugar diferente al de la creación de nuestro propio sindicato. Hoy algunas de nuestras demandas se hicieron políticas públicas...

Nuevamente, la autonomía de clase, sin neutralidad, con protagonismo y responsabilidad política de los trabajadores deberá ser el criterio que como sindicato deberemos sostener para ser claros en mantener nuestras reivindicaciones y no alentar ni ser funcional a ningún sector de derecha. De allí tendrán que surgir acciones que pongan blanco sobre negro en esta disyuntiva, aún más compleja que antes.

El lugar de nuestro sindicato en lo público se piensa como una energía o fuerza cuestionadora que desafía las lógicas vigentes y pone en el centro la construcción de otra cultura. La conciencia sindical radica en reconocer nuestro poder como interlocutores del Estado y como buenos lectores de la realidad, para mover nuestro pensamiento hacia construcciones más complejas que nos alerten sobre perspectivas simplificadoras de la vida social. Asumiendo así, que no es solo tocando la variable de las políticas de concentración donde radica la transformación de la realidad. No existen soluciones mecánicas ni lineales, la confrontación por sí misma no ayuda a destrabar las múltiples articulaciones de la realidad que en las sociedades actuales ya no pueden leerse como base económica, superestructura y formas de consciencia social. Las variables de la existencia social conforman una totalidad articulada de poder que se interdefine de manera conflictiva. En el orden social mundial actual se encadenan disputas de control que van más allá de la concentración de la riqueza, la tierra y el conocimiento. También se tejen con la autoridad colectiva, con la subjetividad, con las relaciones de género y con todas las argumentaciones que en nuestros espacios cotidianos sirven para legitimar y reproducir la selectividad y exclusión o para dar la batalla en contra de ellas como imperativo ético-político.

En relación con la articulación de sentidos producidos por diversos sujetos no homogéneos y la construcción de horizontes comunes. O lo que es lo mismo, la formación política, sindical y pedagógica de los trabajadores de la educación quiero proponerles algunos ejes para la reflexión, sobre los que hemos venido trabajando en esta gestión y que le dieron sentido a la creación de la EFPyS.

Pensamos en una formación en servicios para cada puesto de trabajo. La idea fuerte que me moviliza con respecto a la formación política, pedagógica y sindical es que el Trabajo Docente produce conocimiento y es necesario recuperar ese conocimiento que se hace en la praxis como sentido político, como sentido de futuro. La formación permanente en ejercicios en la que pienso requiere que se valore, se investigue, se difunda y se visualicen las experiencias y pensamientos pedagógicos que produce el trabajo docente en los diferentes niveles del sistema educativo. En esta línea viene trabajando el Movimiento Pedagógico Latinoamericano y es lo que justifica el desarrollo de las Jornadas Regionales que estamos impulsando desde la Comisión Directiva Central.

Trabajar en la recuperación de experiencias requiere instalar sentidos que luchen contra la deshistorización y los reduccionismos (algunos del ámbito del conocimiento pedagógico y otros herederos de políticas de fragmentación, subalternidad y exclusión) que simplifican la realidad y construyen respuestas lineales a situaciones complejas que requieren miradas colectivas y esfuerzos transformadores. Necesitamos trabajar sobre las huellas de nuestra cultura magisterial, entramadas a los desafíos de las prácticas concretas en sus contextos múltiples, diversos, no-homogéneos, desde una posición ético-política que nos reconozca como sujetos plenos en ejercicios específicos, en puestos de trabajo concretos; con historias, trayectorias de formación disímiles y prácticas políticas heterogéneas.

El sentido que le asignamos a la producción de conocimiento pedagógico, a la formación permanente en ejercicios, tiene que ser inherente a los puestos de trabajo, se produce en la escuela, en el lugar del trabajo y por eso es verdaderamente política. Los trabajadores de la educación que construimos poder popular pensamos en, desde y para la escuela. Es en la cotidianidad escolar, en los puestos de trabajo concretos, en la escuela, donde se configuran los procesos de construcción de identidades y donde podemos “desandar”, “desfamiliarizar” las matrices socioculturales hegemónicas. Es en los puestos de trabajo donde deber radicar la especificidad de la formación. Para cada puesto de trabajo se deberían definir contenidos o líneas temáticas de formación diferenciadas por niveles y modalidades, pero también, pero también se deberían asumir maneras, formas de transmisión, lógicas que hagan a la producción colectiva, que estén dispuestas a la escucha, centradas en el docente, atentas a sus requerimientos, desprovistas de prejuicios, promotoras de espacios y tiempos de trabajo que ayuden a reconocer huellas y trazar nuevos sentidos.

En estos últimos años conquistamos la idea de formación en lugar de capacitación, transformamos lo continuo en permanente, defendemos hoy que la formación sea en ejercicios en lugar de en servicio, logramos políticas públicas al respecto que requieren ser revisadas y cuestionadas. Al interior del sindicato estamos trabajando en procesos de formación que, desde la dignidad docente y el reconocimiento de nuestra pertenencia social como trabajadores, fortalezcan las posibilidades de transformar la escuela en un territorio físico y simbólico de construcción político-pedagógica y permita tejer redes de colaboración y trabajo con otros espacios, organizaciones sociales, centros de investigación e intelectuales críticos que compartan nuestras preocupaciones sin tener que renunciar, ni diluir el conocimiento que producimos

cotidianamente en las escuelas y nuestras aulas. No será introduciendo debates de otros campos en la escuela como fortaleceremos nuestra dignidad política y nuestra lucha sindical. Se trata de reconocernos en nuestras propias debilidades y conquistas para construir en colectivo horizontes comunes que articulen múltiples sentidos y subjetividades.

Cierro con esto para dar lugar a los espacios de trabajo que ustedes tienen previstos. Deseándoles un trabajo productivo que nos permita encontrarnos más allá de los matices y diferencias.

Sabemos que la educación emancipadora que deseamos, deberá ser construida por nosotros, trabajadores de la educación, porque como bien nos alertaba nuestro querido pedagogo Paulo Freire “sería una actitud ingenua esperar que las clases dominantes desarrollen una forma de educación que permita a las clases dominadas percibir las injusticias sociales en forma crítica”. La fuerza está en nosotros, compañeros.

Muchas gracias.